

GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD HISPANO-ALEMANA

DIRECTOR: LUIS ALMERICH

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LAURIA, 55 — BARCELONA

Al margen de un discurso

POR LUIS ALMERICH, PUBLICISTA

DESPUÉS de un largo período de preparación, ha hablado el político radical señor Lerroux, para fijar las orientaciones de su grupo ante los problemas nacionales y, como era lógico suponer, sus palabras han bordeado continuamente las lindes internacionales. Por esto, por tratarse del Sr. Lerroux, que parece empeñado en actuar de embajador de los países aliados cerca del Gobierno español y porque, voluntaria o involuntariamente, ha incurrido en una serie de errores peligrosos para la ulterior vida de España, me parece conveniente salir al paso de ellos, a fin de evitar que prevalezcan.

En primer término, bueno será hacer observar que Lerroux, generalmente de expresión cálida y de palabra viva, ha estado esta vez más grave, más frío que de ordinario.... hasta quizá un poco académico. Se habría podido creer que orador y oyentes estaban de acuerdo en la justipreciación de los párrafos, para cerrar aquéllos que se juzgaban trascendentales con calurosas ovaciones. En el ambiente del teatro Soriano no había calor de convicción..... y estamos en plena canícula, y el local donde se celebró el mitin es de madera. Los prohombres del partido empiezan por no sentir los entusiasmos que predica el jefe; muchos, no creen en el triunfo de los aliados; algunos, son sinceramente devotos de Alemania, pero la comunidad de ideales políticos les ha unido, se encuentran atados a la terrible argolla de las multitudes que educaron en revolucionario y que en revolucionario quiere que se produzcan en todos los momentos de su vida..... ¡Ah, si Lerroux pudiera arrastrar a sus amigos hablándoles en conservador! De esta falsa situación de los radicales, no era posible aguardar grandes vibraciones, y no las hubo. Lerroux habló bien, su discurso en lo técnico de la oratoria fué excelente, pero el alma de Lerroux calló. Sospecho que el último discurso del caudillo radical ha sido para uso externo, como de ciertos medicamentos dicen los boticarios. Y que en él, ni siquiera olvidó la fórmula: «Agítese antes de usarse».

Comenzó el político radical su alegato con un eufemismo: «Queremos que este acto sea un homenaje a la nación francesa, conmemorando una fecha de redención, por la nación madre de la raza latina que lucha por la libertad». Y ya en este párrafo, descubre el orador la falta de entusiasmo. Declara, dándose de mojicones con la historia, que Francia es nuestra madre, imagen absurda que sólo pudo acoger sin una sonrisa burlona la masa admiradora de Lerroux. La maternidad es algo demasiado augusto para ser zarandeado

a la ligera, y aunque ya sé que toda la frase no era más que un tropo, bueno será hacerlo notar.

Luego hizo un cuadro tétrico de la situación de España, un cuadro de «exportación», en el que incurren con lamentable frecuencia los revolucionarios españoles, como si para implantar la transformación de la forma de Gobierno que ellos preconizan, fuese menester la anulación de España en el extranjero. Así fuera de España se escriben tantas y tantas herejías respecto a nuestro país, fundamentándolas muchas veces — y esto es lo doloroso — en afirmaciones de escritores y políticos nacionales.

Todo es malo en España: el régimen, los gobiernos, la burguesía y..... hasta el proletariado, cuando éste no sigue las inspiraciones del orador, y, como el discurso va destinado a Francia especialmente, altamente beneficioso habrá de ser para la patria que en el país vecino — con el cual tantas veces fuimos a la greña — sepan nuestras debilidades.

Cuando el Sr. Lerroux hubo dejado bastante atropellada a la nación, sin respetar del «rey abajo ninguno», surgió la amenaza, dicha con toda discreción, pero no por ello menos dura, menos molesta: «Un solo ideal debemos tener y es el de nuestra prosperidad interior: *peligra nuestra independencia nacional*. Hemos de pensar que, indiferentes a la guerra, si hoy hay una espina en Gibraltar, mañana puede haber una corona de espinas».

Es decir: si no escuchamos al Sr. Lerroux, en vez de un Gibraltar ocupado, habrá dos. Pero, si hemos de tener como único ideal el de nuestra prosperidad interior, ¿para qué mezclarnos en el pleito internacional?

El mismo orador nos lo confiesa luego, en un párrafo altamente teatral: «Somos un país débil y no podemos desinteresarnos de los problemas que la guerra plantea. No me preocupan los orígenes de la guerra, pues sólo hablo para mi patria. Os sorprenderá que os diga que sea quien fuere el que tenga razón, por el interés de mi patria, por su porvenir, por su grandeza, ¿con quién habremos de unir nuestras simpatías, a quién habríamos de prestar nuestro apoyo y si conviniera, entrar en acción?.....»

Al Sr. Lerroux no le preocupa la razón ni la justicia. «Por el interés de la patria» debemos unirnos con la nación que camina al desastre como al desastre caminamos nosotros en los luctuosos días de Cavite y de Santiago, a fin de que Alemania, victoriosa, en castigo de nuestra actitud, nos ponga en la frente el *Inri* de un nuevo Gibraltar, sin que en pago del sacrificio nos devuelvan el otro. Podía hablarse con tanta imprudencia, al principio de la guerra, cuando todavía mucha gente dudaba de la resistencia de Alemania y Austria, pero hoy que la guerra va acercándose a su término con ventajas punto menos que decisivas para los imperios centrales, es de una ligereza innegable pretender que España, llevando su apoyo a los aliados — ¡bien modesto apoyo! — laboraría por su porvenir y por su grandeza.

¿Qué beneficios obtendría España de este apoyo? El orador lo dice con absoluta franqueza: «Dinero, dinero y dinero». Sólo que luego, en un rasgo de sinceridad, declara: «¿Creéis que Francia e Inglaterra han hecho préstamos fabulosos a Rusia y otras naciones, simplemente por simpatía? Ahora el apoyo que le prestan aquellas naciones, compensa aquellos préstamos». El programa es tentador, sólo que tiene un hueseillo: ¿Es que ahora a Rusia, por el hecho de haber sacrificado a centenares de miles de hijos suyos, le van a perdonar la deuda? No; el préstamo, préstamo es y seguirá siéndolo, mientras Rusia no lo satisfaga en dinero contante y sonante. Acomodándonos a los consejos de Lerroux, tendríamos dinero a cambio de soldados — que por cierto en el caso actual habríamos entregado por adelantado, sin posibilidad de devolución en caso de desavenencia —, pero ese dinero tendríamos que devolverlo dentro de un plazo más o menos largo.

Sin embargo, Lerroux no quiere que se diga que él pretende que las madres vean ir sus hijos a la guerra. No lo quiere, pero antes de terminar su discurso, dice: «Lentamente,

pausadamente debemos prepararnos para ir a donde sea, a reverdecer nuestras pasadas glorias; a luchar, si precisa, contra los que han invadido, han sacrificado y arruinado a Bélgica.....» Por algo decía a medio discurso el orador: «Mientras no estemos unidos no seremos más que unos vocingleros, unos platónicos y en ocasiones hasta habrá embusteros».

Para el político radical los españoles no sentimos el problema de Gibraltar, que conquistaremos cuando seamos fuertes, «sin necesidad de acudir a las armas, por reconocimiento de nuestra grandeza». Yo no sabía que para la fortaleza de los pueblos hubiera otro reconstituyente que el de las armas, pero Lerroux ha descubierto un nuevo sistema: el de la persuasión, tan recomendado para las ostras. Hasta ahora, habíamos creído que Inglaterra imponía su voluntad gracias a su soberbia marina de guerra, que Alemania era poderosa gracias a su ejército, que un cañón era muchísimo más eficaz que cien protocolos, pero el político radical no lo cree así.

Nuestra grandeza ha de hacerlo todo; lo malo está en que no nos dice Lerroux cómo vamos a conseguir esta grandeza, a menos que el gran patriota nos dedique como aclaración a sus propósitos la aplicación del siguiente párrafo: «¿Qué puede esperar Inglaterra de Portugal? Nada, y, sin embargo, le protege, y gracias a ella Portugal conserva sus colonias». ¡Valiente porvenir para España!

Terminó Lerroux diciendo «que nos levantamos ahora para iniciar una era que nos conduzca directamente a la redención de la patria». Yo termino igualmente con una observación de un concurrente al mitin que completó la frase, murmurando: «Será una redención a metálico».

Las dos luchas

POR M. GARCÍA Y PANADÉS

UNA nueva aurora señala el vigoroso amanecer para la vida de los pueblos..... Va cerrándose el paréntesis gigantesco que encierra toda la maldad de aquellas grandes naciones, cuya fastuosidad tenía por origen la pobreza y deshonor de las otras. Sonó, por fin, la deseada hora de la justicia, y el templo de Jano fué necesario abrirlo para que sobre un tapiz sangriento se elevara gallarda la figura noble y prócer de la verdadera Libertad, del Derecho y de la Civilización.

Dejáronse de oír las gruñonas y destempladas voces de aquel extraño concierto internacional, dejando paso, silenciosas y muertas, a las notas vivificantes de una nueva arpa que apareció entre las nubes de sangre que ocultaban la placidez de un cielo azul.....

Surgió el nuevo Alfeo, que antes de ser músico le hicieron ser soldado; antes de admitirle la fuerza de la razón tuvieron que soportar sobre sus espaldas la razón de la fuerza.

Inglaterra, la nación del torvo mirar, de los fríos pensamientos y de los pérfidos hechos, ha visto cernerse sobre ella el testamento de sus víctimas. No tuvo conciencia para remorderse, pero ha tenido la espada de un pueblo sabio y persistente. Es lo mismo; mejor aun. Se cumplió el anatema que lanzaron a su faz estoica y pirata los pueblos de irredención espiritual que subyugaba con sus armas, y los pueblos de invicta historia, como España, quien merced al maquiavelismo británico se vió desposeída de su título, de su dignidad, de sus riquezas y hasta de su nombre.

Pocos, muy pocos serán los españoles que al recordar lo que fuimos y al contemplar lo que somos, no tenga un pensamiento o palabra oprobiosa para la rubia Albión.

* * *

Hoy, que por primera vez enristro la péñola para trazar estos desaliñados renglones en la revista que los cobija, no he pensado en versar sobre algún magno problema guerrero, ni menos aumentar las cábalas que se forman en derredor de la paz próxima.

La paz, hoy por hoy, es un mito. Aunque los ejércitos de los imperios centrales coronasen con el éxito su obra e Inglaterra y sus secuaces se vieran precisadas a entablar negociaciones de paz..... la guerra subsistiría..... Cuando el estruendo de las armas tocase a su fin, la guerra sórdida, clandestina, guerra de competencia industrial y mercantil, guerra de dinámica internacional, de intriga y hasta de crimen; esa guerra inventada por hosco pensamiento inglés, continuaría poniendo obstáculos a su rival vencedora.

¿Durará mucho tiempo? No lo sé. Pero es de suponer su no lejano fracaso, puesto que entonces Alemania se encontrará en mejor situación que ella.

Esta lucha tan singular fué el prefacio de la guerra y constituirá el epílogo.

Debe, pues, irse pensando en crear otra clase de armas que en los días de paz oficial permitan hacer una guerra extraordinaria.

Veamos con placer la terminación de la lucha armada y el comienzo de la otra lucha destinada a alzar a las naciones caídas, a regenerar las degeneradas, a ennoblecer a las serviles, a defender a las débiles, a castigar a las pérfidas.

Toda esa obra que se dibuja con perfiles ciertos en una risueña lontananza, la habrá realizado el culto pueblo germano, que se ha levantado de entre las ruinas universales para cumplir la proscripción del leopardo inglés, deseada por mil pueblos.

* * *

Saludo a GERMANIA. Salúdola con afecto entusiasta por ser la Revista que une con lazos de fraternidad intelectual y corpórea a Alemania y España. Salúdola porque veo con indecible contento de mi espíritu el entrecruzamiento de esa bandera tricolor con la roja y gualda española.

¡Que la bandera de la Ciencia y del Progreso se una y enlace con la bandera de los olvidados heroísmos legendarios!..... Que de esa unión nazca una España fuerte, que florezca en sus hijos la guirnalda de la elevación espiritual y pueda marcar en la Historia del porvenir una estela de abnegación, de cultura y de patriotismo.

Zaragoza, julio 1915.

Las relaciones históricas entre Alemania y España

POR ANTÓN PUTZ, MUNICH

DESDE los tiempos antiguos, el país de las Hespérides era considerado como uno de los más apartados y desconocidos de Europa. Esta situación aislada ni siquiera fué mejorada por la larga y penosa conquista de los romanos.

Después del desmembramiento del imperio romano, España formaba entre varios pueblos un Estado aparte, que, sin embargo, por ser los jóvenes conquistadores de raza germana emigrantes no civilizados, no pudo lograr importancia cultural.

Un cambio en la historia de la evolución de España trajo el año 711, pues fué en dicho año cuando los árabes avanzaron victoriosamente hasta más allá del Estrecho de Gibraltar.

No pasó mucho tiempo antes de que la provincia árabe de España, bajo el gobierno de un príncipe mahometano, se hiciera políticamente independiente y también durante un cierto lapso se aisló. Pero entonces ya se había desarrollado una nueva cultura, total-

mente diferente y enormemente superior a la de la raza indígena, mezcla de sangre germano-romano-céltica. Esta nueva cultura árabe sufrió entonces una singular transformación en la España aislada, y aseguró al país durante toda la Edad Media una posición de potencia cultural preeminente e indiscutible.

Casi al mismo tiempo que se inició el desarrollo de la cultura española, empezó a formarse un independiente reino franco-oriental, que, más tarde, recibió el nombre de Alemania.

Claro es que, a consecuencia de estar influida ante todo por principios militares, la instrucción que se dió a los individuos de la nobleza y de la alta sociedad, como también por la completa falta del influjo oriental, la cultura alemana tomó senderos totalmente diferentes, más generales y más regulares. Además de esto, en comparación con España, había el hecho de que la evolución de la cultura alemana no se inició hasta cien años más tarde.

Las expediciones de los emperadores alemanes a Roma, pusieron a Alemania en contacto principalmente con el arte clásico y el cristianismo. Por lo tanto, la evolución de Alemania fué, ante todo, militar y religiosa.

Naturalmente, en España se habían desarrollado también factores de cultura militares y religiosos; pero, en contraste con Alemania, no impidieron allí el crecimiento de las ciencias, en particular de las ciencias naturales.

Así es, que, cuando, bajo el reino de los grandes y liberales emperadores de la Casa de los Staufen, tuvo lugar un contacto amistoso con la cultura árabe, se descubrió que el centro de la cultura de esa época, se encontraba en España. Y entonces fué cuando, durante toda la Edad Media, los estudiantes alemanes vinieron a esta tranquila y aislada España. Era la Universidad de Salamanca el único sitio donde los médicos podían adquirir una sólida y real instrucción, muy al contrario de lo que ocurría en las demás universidades de Europa. En las universidades españolas, los catedráticos árabes enseñaban geografía y astronomía, siendo éstos los primeros que conocieron la redondez de la tierra y las leyes del firmamento.

A principios de la Edad Moderna, hubo un importante cambio, que hizo estrecharse aún más que antes las relaciones hispano-alemanas.

El dominio de los árabes había sido derribado. Su cultura estaba en plena decadencia. La antigua ciencia había fecundado toda la Europa y se sacó provecho práctico en la época de las invenciones. La cultura española iba disminuyendo a medida que el país se engrandecía. Inmensas riquezas afluyeron de todas las partes del mundo al pequeño país, que recibió como soberano un príncipe alemán.

Carlos V, emperador latino, de nacionalidad alemana, un descendiente de los Habsburgos, era al mismo tiempo rey de España, y es desde entonces que datan las estrechas relaciones entre Alemania y España.

Aunque, de vez en cuando, la potente y muy católica España ejerció una influencia funesta sobre Alemania; aunque el absolutismo español y el ceremonial de la corte española se hicieron sentir en Alemania desagradablemente y durante largo tiempo, sin embargo, por regla general, la cultura española estaba influida por la alemana. Hasta hubo un lapso en que las fluctuaciones de la civilización y de la reforma alcanzaron hasta España, y únicamente, debido al carácter popular español, que fortificado en las luchas victoriosas contra el Islam, estaba muy contento con sus prácticas religiosas, neutralizóse esta influencia alemana, preservando así a la nación española de guerras civiles, como las que quebrantaron la potencia de Alemania lo menos por espacio de dos siglos.

Solamente el Rey Sol logró apartar la influencia de los Habsburgos y con esto la alemana. Pero ya bajo el yugo de Napoleón empezó a crecer en España esa semilla de la influencia germana, que después de largas guerras civiles y desórdenes, después de la pér-

dida de colonias y parte de la fortuna nacional, había de dar frutos. Un príncipe de los Hohenzollern debía ocupar entonces el trono de España. La diplomacia francesa estorbó otra vez la amistad hispano-alemana, es decir, su consagración oficial. Pero esto no impidió que comerciantes y sabios alemanes vinieran a visitar España para estrechar las relaciones con este hermoso país, fructificando ésta con la cultura alemana. Inmensos valores culturales de tiempos románicos y prehistóricos fueron sacados a luz por los sabios alemanes. Antiguas industrias renacen. Arte y literatura españolas son acogidas por nosotros con entusiasmo.

También los intelectuales de España iban a Alemania para estudiar allí o para perfeccionar sus conocimientos, aprovechándolos después en su patria.

Nunca hubo un serio disentimiento político. De qué modo amistoso Alemania y España podían entenderse, se ha demostrado tanto con ocasión de la adquisición de las islas de Marshall, como durante la crisis de la cuestión de Marruecos en 1911.

Es muy natural que Alemania y España, dos países que desde unos setecientos años viven en casi nunca interrumpidas relaciones amistosas, entre las que no existen motivos de discrepancia alguna, que nunca se hicieron la guerra, vayan acercándose de más en más. Alemania que, en esta guerra mundial, ha demostrado lo que vale su palabra y su amistad, únicamente esta Alemania puede estimarse verdadera y sincera amiga de España, pues los enemigos de Alemania son también los de España. Francia, ya muy a menudo, ha traicionado a los españoles en Marruecos. Inglaterra sigue ocupando el punto más importante de la costa española.

En todo esto se funda mi llamamiento a la confraternidad hispano-alemana, para que este pueblo hidalgo pueda estar al lado de la nación alemana como amigo de igual valor. Una vez acabada esta gran guerra, la cultura alemana crecerá con nueva fuerza y prosperará, y con ella la española.

¡Que tenga la confraternidad hispano-alemana en las dos naciones muchos prosélitos, y que esta amistad dure tantos siglos como llevan ya ambas naciones, conociéndose y estimándose!

Sobre el Manifiesto de los intelectuales españoles

POR UN ABOGADO

AL fin se publicó el famoso Manifiesto, modesto y sobrio según ellos, de un orgullo y altanería enormes según otros. Vale la pena de que le dediquemos unos renglones, pues es necesario que todo el mundo sepa quiénes son esos intelectuales y qué significa en la opinión española su punto de vista y simpatía por la causa de los aliados. Es triste, bien triste, que los intelectuales descendan de las altas regiones del espíritu a los bajos fondos sociales y mezclen sus voces con nuestras voces de pobres humanos llenos de pasiones y de defectos.

En el Manifiesto nos hablan con *modestia* y *sobriedad* como *españoles* y como *hombres*, unos cuantos señores que se creen de veras los representantes de la intelectualidad española; pero sinceramente puede asegurarse, que con excepción hecha de algunos de los firmantes, esa intelectualidad no aparece por ninguna parte, y tanto en España como fuera de España sus nombres son esencialmente desconocidos. No hablemos para nada del gran Azcárate, traído y llevado en estos últimos años por los que parece tienen la exclusiva de la democracia y libertad moderna; no digamos nada de Cossío, gran pedagogo,

pero apartado siempre de la política y fanático tradicional por la cultura inglesa como el maestro Azcárate; no mencionemos siquiera al joven filósofo (sólo ilustre literato según muchos de sus buenos amigos) Ortega y Gasset, formado en Alemania y deudor a ésta de casi toda su cultura y disciplina científicas, según confesión del propio interesado; dejemos en paz a Galdós, Posada y algún que otro prestigio que embaucados por viejas teorías siguen creyendo en Francia e Inglaterra como las únicas representantes de todo el Derecho público moderno, y repasemos la lista de firmas. Aparecen mezclados cate-dráticos, escritores y artistas para juzgar y decidir sobre una cuestión eminentemente jurídica, y cosa rara, el número de los juristas se encuentra en una extraordinaria minoría. Es curioso, que precisamente en estos momentos, en los que parece comienzan a disiparse las nubes y se presenta a la vista de todos en los países neutrales, una discusión grande sobre las causas de la guerra, creciendo más cada día la simpatía por Alemania, viéndose clara la verdadera situación del problema, cuando en la misma Inglaterra se levantan voces autorizadísimas contra la política de Grey y se duda ya en todas partes sobre la verdad de las afirmaciones franco-inglesas, es curioso, repetimos, que un grupo de llamados intelectuales muestre su solidaridad espiritual con los vencidos. Es curioso y triste a la vez, aunque realmente no tiene de noble sino esa actitud caritativa de colocarse siempre al lado de los caídos en desgracia.

Elementos de juicio para formar esa opinión y para sostener en firme que precisamente los ideales de justicia se hallan representados por los aliados, los ignoramos, y lo que sí podemos asegurar es que todos los libros de todos los colores editados por todos los Gobiernos no son suficientes a descubrir la verdad absoluta, y que sería más propio *de intelectuales que consagrados a las puras actividades del espíritu deslizan sus silenciosas vidas*, esperar con ecuanimidad el fin de la horrible tragedia, y en calma después, con todos los datos y documentación apropiada, libres de prejuicios, simpatías y pasiones dictar el fallo, pronunciar su todavía apelable sentencia; prescindiendo como es natural de artistas que saben poco de estas cosas de Derecho y de todos esos que no consagran sus vidas silenciosas a las puras actividades del espíritu, pues no entendemos que con ello quiera significarse el dar banquetes a toreros afamados y gozar en la compañía de los diestros, haciendo de ello gran ostentación ante propios y extraños. No comprendemos cómo al lado de esas grandes figuras de Azcárate y Cossío, antiguos adoradores fervientes de lo inglés, pero figuras al fin de una pureza sin igual, puedan ir el gran defensor de toros y toreros Valle Inclán y Ramón Pérez de Ayala, gran admirador de Belmonte y organizador de banquetes en su honor; y no digamos nada de los escultores, decoradores, compositores de música y escritores, cuya afirmación de *vidas silenciosas consagradas a las puras actividades del espíritu*, más parece un sarcasmo, pues todos conocemos lo que son esas vidas de escenarios de teatros, saloncillos, tabernas y noches en claro. Y conste que no nos referimos a nadie en particular, sino que hablamos en términos generales, pues no somos partidarios del insulto (véase *Troteras y Danzaderas*, de Pérez de Ayala).

Pero ¿es que son esas firmas la representación de toda la intelectualidad española? ¿En qué plano colocamos entonces a Cajal, el más sabio de todos nuestros científicos; a Dorado Montero, nuestro penalista más insigne; a la flor de nuestra Universidad madrileña, Clemente de Diego, Fernández Prida, Altamira, Canseco, Saldaña, Palacios por no citar muchos más y sin mencionar a los numerosos catedráticos provincianos, al maestro Benavente, el más notable de nuestros dramaturgos, y a Pío Baroja, el mejor, sin duda alguna, de todos los novelistas españoles? ¿Es que estos nombres prestigiosos no son también la intelectualidad española? ¿Son menos o más intelectualidad que los anteriores? Digámoslo claro: los firmantes del Manifiesto no son sino una parte muy exigua de esa intelectualidad española que ellos pretenden representar, y muchos de los firmantes ni eso siquiera. Queda todavía una enorme masa de intelectualidad española, compuesta

de la gran mayoría de nuestros catedráticos, magistrados, escritores, médicos, abogados, ingenieros, etc., etc., que o se reserva a formar juicio hasta conocer todos los elementos de prueba o se coloca decididamente del lado de la causa germana, por entender con ello servir mejor a los intereses patrios, ayudando a integrar así nuestra propia personalidad y a librarnos de la tutela inglesa, de esa abyección, de esa denigrante esclavitud que tan elocuentemente atacaba Ortega Gasset refiriéndose al famoso discurso de Melquíades Álvarez. Decía Ortega: «La realidad es la que ha expuesto el Sr. Álvarez. Toda esta parte de su discurso puede resumirse en estas palabras: «Lo que quiera Inglaterra». Mas el Sr. Álvarez ha debido inmediatamente añadir que tal realidad es la mayor ignominia, el mayor deshonor, la suerte más abyecta que a un pueblo puede caber.... El Sr. Álvarez ha cumplido con su deber diciendo que nuestra política internacional sólo puede ser una: «Lo que quiera Inglaterra»; pero no ha debido dejar que el eco de esas palabras severas y veraces se aleje y extinga sin dejar en su busca un grito de dolor y de alarma, de vergüenza e iracundia, exigiendo de los españoles que ni un día, ni una hora se tarde en emprender la corrección de esa realidad.....» (Véase *España*, núm. 16.)

¡Pobres entusiasmos de *Le Journal*, *Le Matin*, *Le Figaro*, *Le Petit Journal* y otros colegas franceses! Una vez más demuestran su ignorancia sobre nuestras cosas y confunden los verdaderos valores nacionales con los que pretenden serlo. No es seguramente la opinión de los firmantes del Manifiesto la más valiosa, no es esa la *élite* de nuestros pensadores y artistas. España es más grande que todo eso, aunque Francia lo ignore; hay mayor cantidad y calidad de intelectuales en nuestra patria, para bien nuestro y envidia de los que se creen únicos, y desgraciadamente para Francia, esa gran mayoría no siente en la actualidad su simpatía por la *grande nation*, o mejor, por su aliada Inglaterra, a la que realmente odian la mayoría de los españoles.

Y no es solamente la derecha la que simpatiza con Alemania; el escritor más formidable de los nuestros, Pío Baroja, anatematizado con frecuencia por los católicos, lo ha dicho ya bien claro. Somos muchos los que sin pertenecer a las derechas españolas simpatizamos con la causa de los imperios centrales, y suscribiendo por entero el último párrafo del Manifiesto que se acaba de publicar (Alemania y Austria lo suscriben íntegramente, Rusia con seguridad no lo hace), deseamos también se afirme la solidaridad de todos los pueblos y las razas, afirmando cada uno su individualidad, independizándose todos de tutelas más o menos suaves, procurando destruir poco a poco la fiebre imperialista de los grandes países, formando asociaciones internacionales que realmente trabajen por la paz, negando sistemáticamente todo auxilio moral y material a los proyectos de engrandecimiento militar y naval que puedan ser un peligro y motivo de nuevas guerras; en una palabra, procurando vivir la vida del Derecho y de la Justicia de la que Alemania es y será la más fiel guardadora, afirmando con ello los cimientos de una nueva fraternidad internacional.



De la Historia belga

POR EL CONDE BERENSTOW

LORD Curzon, el que en épocas anteriores desempeñó el virreinato de las Indias, declaró abiertamente, y dejó consignado en los libros que escribió y en los que trataba de asuntos referentes a las Indias, que la Gran Bretaña se vería obligada, por medio de las necesidades de su propia conservación, a extender sus conquistas a todos los territorios que rodean sus posesiones en la India, o al menos a someterlos a su protectorado. El Tibet, el Afghanistan, el Beludschistan, la Persia, Arabia y Mesopotamia, así como las costas orientales de Africa y otras regiones contiguas, todos debían estar bajo la misma mano que dominara la India. Los mares que bañan tan extensos territorios, y sobre todo el Golfo pérsico, habrían de ser, sin discusión posible, exclusiva propiedad de la altanera Albión.

Esta opinión no ha sido solamente sostenida por Lord Curzon, sino que todos cuantos Gabinetes han existido en la Gran Bretaña, han estado de acuerdo en considerar el Golfo pérsico como si fuera un mar central británico, y los esfuerzos que pudiera hacer alguna otra gran potencia marítima para poseer un puerto en dicho Golfo, o aun que sólo fuera una simple estación carbonífera, debían ser tomados como intolerables actos de hostilidad contra los legítimos derechos de Inglaterra.

Estas teorías del mencionado estadista fueron en su tiempo muy discutidas y con razón las señaló la opinión pública como una irrecusable prueba de la gigantesca ambición británica y de sus intentos de dominación mundial. Todo esto es muy cierto, pero no es nueva en la Gran Bretaña esta teoría de los *glacis*. Desde hace varios siglos que la encontramos aplicada en nuestra inmediata vecindad, en las costas europeas del Oeste. Con la diferencia de que aquí los *glacis* o explanadas no rodean a una colonia británica, sino a la misma Gran Bretaña. Además, aquí podríamos emplear con más acierto la palabra *práctica* que teoría, pues la práctica precedió a la teoría, y una vez establecida en Inglaterra, se juzgó innecesario convertirla y reconocerla como teoría.

El establecimiento del sistema de explanadas, respecto a la parte Occidental de Europa, empezó en Inglaterra, después de que esta nación, con sus reyes a la cabeza, adquirió el convencimiento de las extraordinarias ventajas que podría obtener su Isla sobre el Continente europeo, siempre que ésta siguiera una política insular, que se fundara en la base de tratar al Continente como un simple objeto de explotación, no viendo en él más que un *corpus vile*.

Tan luego como estuvieron convencidos de esta verdad, empezaron a retirarse del comercio del Continente, dedicando toda su atención a las empresas marítimas, que tuvieron por objeto el robo de colonias en los mal guardados territorios españoles y por tugueses.

A tan intolerable y escandaloso grado llegaron los actos de piratería perpetrados por la Gran Bretaña, que Felipe II, rey de las Españas, trató de libertar los mares y las costas españolas de tan repetidos latrocinios y para ello fundó la Armada. Conocido es de todos el fin que tuvo esta empresa. A la destrucción de la Armada fué unida la suerte de una expedición militar, que bajo las órdenes del Duque de Parma debía operar en la región flamenca sujeta al dominio de España, mientras que la Armada atacaba a las costas inglesas. Los dominios españoles en Flandes, como nadie ignora, venían a constituir en su casi totalidad los actuales Estados de Bélgica y Holanda.

Inglaterra no dió al olvido la amenaza que fué para ella la Armada, y también comprendió el peligro que podría constituir para ella, el que las costas de Flandes, tan inmediatas a las Islas británicas, pudieran caer en manos de una poderosa potencia diestra en aventuras navales. Desde entonces encontramos que todos los esfuerzos de la política inglesa y todos los medios de que ésta ha podido disponer, no han tenido otro fin que el impedir que Flandes llegue a ser posesión de ninguna gran potencia europea, tratando de evitar hasta que ninguna de éstas pueda tener influencia decisiva sobre dicho territorio. Según el criterio de la Gran Bretaña, este influjo constituía uno de sus indisputables derechos. Esto explica el que apenas transcurrido un siglo desde la destrucción de la Armada, Inglaterra protegiera la lucha por la independencia de Flandes, tomando por pretexto el celo religioso y la protección al Protestantismo. Pero tiempos después, al adquirir Flandes, ya independiente, demasiada importancia como potencia marítima y comercial, se enfrió el fervor religioso para la propaganda del Protestantismo, y el puritano Cooper pronunció la célebre frase: *Delenda est Carthago*, lo que quiere decir en otras palabras: Protestante o no protestante nos es completamente igual, siempre que se pongan sobre el tapete rivalidades económicas y comerciales. Esta rivalidad mercantil es la que a toda costa es preciso destruir. Con la ayuda de otros Estados del Continente europeo, se redujo a Flandes a la impotencia, y con el transcurso del tiempo y por medio de uniones personales, se llegó a hacer de él un aliado de la absorbente Gran Bretaña. La otra porción de Flandes, que constituye hoy la Bélgica, permaneció bajo el dominio de España. Las continuas disensiones de los belgas y los españoles, secretamente atizadas por el Gobierno inglés, tranquilizaron a éste por completo respecto a este territorio. Pero llegó la época de Luis XIV de Francia, y entonces Inglaterra suscitó a todo Europa contra este monarca, que no sólo aspiraba al dominio de Bélgica, sino que trataba de llevar a cabo la alianza de España con Francia. La realización de este propósito, habría reunido bajo la poderosa mano de Francia el dominio de las costas desde Toulon hasta Gibraltar, y desde Gibraltar hasta Amberes, y el experto pirata de la Isla vería destruída su preponderancia sobre el Continente. La astuta y despiadada Albión arrojó la tea de la discordia sobre Europa, convirtiéndolo todo en un vasto incendio, entre cuyas llamas se destrozaban y arruinaban los Estados europeos para el bienestar de la Gran Bretaña, mientras que ésta conservaba intacta su preponderante influencia.

Una vez que el dominio de la Flandes española recayó sobre la Casa de Austria, Inglaterra no volvió a preocuparse de aquella región, pues aunque Austria era sin duda una gran potencia, no pensaba, ni estaba en situación de desarrollar su poder marítimo desde las costas belgas. Sin embargo, se fundó en Ostende una sociedad para fomentar el tráfico mercantil con la India oriental. Esto lo consideraron los ingleses como un acto de hostilidad, y fueron tantas las dificultades que suscitaron y las intrigas que urdieron, que la sociedad tuvo que sucumbir. También cuando el Emperador José II tuvo la idea de abrir el Escalda al comercio en general, fué la Gran Bretaña la que lanzó la chispa, capaz de promover una tempestad europea. Una *tempestad* semejante a la que hemos tenido la oportunidad de conocer con motivo del proyectado ferrocarril de Sandschack, debido a Aehrenthal, y a la ocupación de Flissingen. Hemos de consignar aquí que el cierre del Escalda se consiguió por la intervención de Holanda, la que aseguraba que la apertura de Amberes como puerto comercial sobre el Océano sería la completa ruina de los Países Bajos. En la paz de Westfalia, también tuvo España que acceder al cierre del Escalda. En realidad no eran estos Estados los que se empeñaban en paralizar a Amberes, sino Inglaterra. Tratando del proyecto del Emperador José II, decía el americano Mahan: «En 1784 volvió la Gran Bretaña a manifestar inquietud, no tanto respecto a Austria como hacia a Francia, por haberse vuelto a suscitar la cuestión de la apertura del Escalda».

Nueve años después la intranquilidad de la Gran Bretaña se transformó en verdadero

terror, cuando en 1793 las tropas revolucionarias francesas invadieron Bélgica y los barcos de la marina de guerra francesa abrieron con toda solemnidad el Escalda para dar paso al comercio del mundo entero. Poco antes de esto, había declarado Inglaterra, por boca de su primer ministro, que el Reino Unido no se consideraba llamado a intervenir en las cuestiones que separaban a Francia de las demás potencias europeas; pero apenas se tuvo un indicio en Londres de los propósitos que abrigaban los franceses respecto a Bélgica, cuando el Gobierno británico, abroquelándose tras del nombre del prisionero Luis XVI primero y después con pretexto de vengar la muerte del mismo, empezó a suscitar las iras de todo el mundo contra Francia, proclamando con todo el fervor de que es capaz la moral británica ofendida, la necesidad de castigar el asesinato del rey mártir, y de dominar la revolución. Este fué el origen de la tremenda guerra europea, que con breves intervalos duró hasta 1815.

Al concluirse la paz de Viena, trató Inglaterra de dar un paso decisivo que la condujere al logro de sus antiguas aspiraciones, es decir, a unir a Bélgica y Holanda bajo su protectorado. Entonces estos territorios juntos hubiesen constituido una importante sucursal de la Gran Bretaña sobre el Continente, sobre todo estaban aseguradas de una vez para siempre contra Francia, y no sólo formaban una admirable explanada de seguridad para la Gran Bretaña, sino que gracias a ellas podía establecerse entre el Continente y la Isla un puente de la mayor importancia estratégica.

Aun no les había salido del cuerpo a los isleños los sustos que les causó Amberes durante la época napoleónica. Sabido es que este ambicioso caudillo tenía vastos planes sobre Amberes. Su ciudad y su puerto constituirían un punto de apoyo de primer orden para la flota napoleónica, que contribuiría a asegurar el imperio universal. La incomparable situación que ocupó Amberes en los mares del mundo, la proximidad de las embocaduras de caudalosos ríos, y esto unido con las condiciones especiales de su territorio interior, formaban un conjunto único que desde el primer instante no pasó inadvertido a los claros ojos de aquel hombre extraordinario. De haberse realizado estos planes, los pueblos del Continente hubiesen ahorrado a Inglaterra el trabajo de volver a preocuparse por este asunto.

El Duque de Wellington trató de imponer la unión de Bélgica y Holanda bajo esta frase decisiva: Bélgica sola se dejará dominar por Francia, mientras que unida con Holanda y por medio de alianzas dinásticas, puede esperarse en Londres que la influencia de la sucursal británica se dejará sentir más que nunca sobre el Continente.

Esta unión, a pesar de parecer tan sencilla, no pudo ser duradera, y la revolución belga acabó de destruir estos planes. La Gran Bretaña se encontró con estos hechos consumados, y trató de servirse de ellos del mejor modo posible. Según dice a este propósito un historiador francés, «Inglaterra empuñó con mano fuerte el cetro de la diplomacia y utilizó en ventaja propia la Revolución de Bélgica». El desprendimiento de este Estado tuvo lugar bajo los auspicios de Inglaterra, la que se apresuró a garantizar su neutralidad. Naturalmente esta medida se dirigía contra Francia, que era a la sazón la única potencia marítima del Continente europeo.

A pesar de que Amberes permaneció abierto para el comercio mundial, la Gran Bretaña, después de la provechosa pesca a que se dedicó, durante las guerras napoleónicas, pudo considerarse absolutamente segura en su posición de potencia dominante en el mar, tanto en las guerras navales como en el tráfico mercantil.

No es un misterio para nadie, que en las épocas que siguieron a la que nos hemos referido anteriormente, las miradas de Francia se dirigieron preferentemente hacia Bélgica. El resultado de la guerra del setenta hizo que se desvanecieran estas aspiraciones, y entonces se verificó un movimiento de reacción en la prensa belga y, por consecuencia, en el pueblo belga, que determinó una aproximación política e intelectual a Francia.

Después de que en 1904 Francia e Inglaterra concluyeron la *Entente Cordial*, que fué resultado de la coalición política antigermana iniciada por el Rey Eduardo, tuvo Bélgica, naturalmente, que seguir las inspiraciones de estas dos potencias que de un solo golpe variaron por completo su dirección. Fácil es de comprender, teniendo en cuenta el fin que se perseguía con esta alianza anglo-francesa, y que Francia era la más débil y estaba dominada por el poder británico, que esta nación había renunciado por completo a sus planes respecto a Bélgica. De lo anteriormente expuesto se deduce el que Bélgica adquiriese a los ojos de las dos potencias aliadas una nueva significación y una creciente importancia. Francia dejó de pensar en disfrutar la posesión de Bélgica, a la que antes consideraba como avanzada de la Gran Bretaña, y pronto se pusieron de acuerdo las dos naciones, conviniendo en que Bélgica y sobre todo Amberes, sería el puente por donde pasaría la invasión británica en la futura guerra con Alemania, que ambas aliadas venían preparando. La confirmación de las anteriores afirmaciones se ha encontrado en los documentos descubiertos en Bruselas, aunque ya hacía presumir la existencia de semejantes planes la oposición anglo-belga-francesa a los deseos que hace algunos años manifestó Holanda de fortificar la embocadura del Escalda.

Los hechos que después han tenido lugar, son sobrado conocidos para que los hagamos objeto de estas consideraciones. Antes dedicaremos nuestra atención a describir, aunque sólo sea superficialmente, el papel que las costas belgas han representado en la Historia de Inglaterra. Los más eminentes hombres de Estado de la Gran Bretaña han declarado con frecuencia que consideran el dominio sobre Bélgica y sus costas como una cuestión vital para Inglaterra. Casi no es necesario el advertir que esta frase encierra una falsedad fundamental. Para comprenderla es necesario adoptar el punto de vista británico y darle el sentido que se le da en la poderosa Isla, para la que también es cuestión vital la posesión no sólo de todos los mares, sino también de todas las costas del Continente; dicho en otras palabras: «La Gran Bretaña juzga necesario el impedir la libertad de la navegación de las grandes potencias del Continente, como un acto imprescindible de defensa propia». Esta necesidad de la defensa propia ha ido tan lejos tratándose de Bélgica, que este reducido Estado nunca ha podido disfrutar de una verdadera neutralidad, sino que ha estado constantemente entre las garras del voraz leopardo. Francia que, como hemos visto, siempre tuvo los ojos puestos en Bélgica, si se ha de decir la verdad no necesitaba las costas belgas, pues las francesas tienen una situación excepcionalmente ventajosa, y que permiten la salida por un lado sobre el Canal de la Mancha y el Océano Atlántico y por el otro al mar Mediterráneo. Francia tenía asegurada *a priori* una libertad mayor en los mares que el resto de las naciones, y si en los pasados siglos no ha sabido aprovecharse de ella ni conservarla, ha sido en primer lugar, según dijo con gran acierto Federico el Grande, porque Francia al pelear contra Inglaterra no ha concedido su principal atención a la guerra marítima, sino que más bien la ha dirigido a la guerra sobre el Continente y esto ha mermado fuerzas a la guerra naval. Anteriormente, en la época de Luis XIV y más tarde en la de Napoleón, sucedió lo mismo.

Todos estos hechos eran muy conocidos de los estadistas británicos y en ellos se fundaba el conocido principio inglés de levantar a Europa en armas contra las más poderosas potencias marítimas del Continente.

Como Francia no necesitaba ninguna modificación geográfica en sus costas, por eso tenía libre el camino del mar; pero el asunto era muy distinto cuando se trataba de otros Estados europeos cuyas costas están profundamente retiradas y por consecuencia son costas, y ante las cuales se alza la imponente masa de la Isla británica, como una amplia barrera, que las cierra el paso hacia el Océano. Las inmediatas ventajas que esta posición proporciona a la Gran Bretaña, con manifiesto perjuicio de los países contrarios, nos lo ha demostrado la actual guerra desde un principio. En una palabra, que Inglaterra puede

con relativa facilidad cerrar por completo a semejantes países la salida al Océano. La Gran Bretaña puede estampar sobre los puertos de dichos Estados su inapelable *aqua et igni interduere*. La geografía no se puede cambiar ni aun por medio de guerras victoriosas; así es que después de terminada una guerra subsisten las mismas ventajas geográficas de un país, frente a las deficiencias del otro, en igual forma que estaban antes. No cabe el suponer que una guerra como la que actualmente sufrimos, sirva para debilitar o cuando menos aprovechar las ventajas geográficas en beneficio propio, ni las deficiencias de los demás países para sacar de ellas todo el partido posible. Por eso, es decir, por la especial y desventajosa posición de sus costas, puede impedir la salida al mar abierto a países que ocupen la posición de Rusia y Servia.

Aun cuando las olas del mar acaricien las costas de un país, no puede decirse que ese mismo mar ni que ese país sean libres, mientras baste la voluntad de una potencia extraña para cerrarles el paso en el transcurso de pocas horas. Una vez constatada la exactitud de este estado de cosas y las contingencias a que puede dar lugar, el cambiarlas radicalmente ha de ser la más imperiosa necesidad de un pueblo, capaz de apreciar en lo que vale la importante parte de su porvenir que corresponde a la navegación marítima; esto debe ser para ese pueblo la verdadera *cuestión vital*. Aquí no se trata de una *cuestión vital*, según el criterio británico, a la que va unida de antemano la opresión o paralización de las demás potencias que son o pueden convertirse en peligrosas competidoras de su comercio. Aquí se trata de una verdadera cuestión de vida o muerte para un pueblo que está en pleno desarrollo y tiene derecho a la libertad de la navegación marítima. Sus aspiraciones no envuelven la opresión de nadie; muy al contrario, su realización servirá para impedir el que en épocas futuras pueda imponerse la fuerza y cerrar a ningún Estado el camino del Océano. Con este motivo y partiendo de este principio, he saludado con la más íntima satisfacción la frase que publica la *Gaceta de Alemania* del Norte, y que dice: Alemania combate para obtener la libertad de los mares.

Alemania y sus adversarios

La victoria económica de Alemania.

Inglaterra, Francia, Rusia e Italia bajo el influjo de la guerra

ALEMANIA espera el desarrollo de los acontecimientos con la calma y tranquilidad que le inspiran su ejército y, ante todo, la fuerza interior de su vida económica. Precisamente en las últimas semanas se ha podido comprobar la extraordinaria resistencia de la nación desde el punto de vista económico. Todos los establecimientos industriales, con contadas excepciones, tienen que trabajar día y noche para poder ejecutar los pedidos recibidos en los últimos meses, procedentes casi todos ellos de la administración militar. Las reservas de obreros que en tiempos normales representan con suma frecuencia el fenómeno lamentable de una oferta excesiva de braceros van siendo cada vez más reducidas, y muy probable es que el concepto de «obreros sin ocupación» haya desaparecido en breve como consecuencia inmediata del conflicto.

A la común actividad desplegada por todas las entidades y elementos que trabajan en la regulación del mercado de obra de mano se debe que los establecimientos y obreros que carecían de trabajo por dedicarse a la fabricación de artículos de difícil o imposible

colocación en estos tiempos se hallen ahora en disposición de trabajar para el ejército. Obreros que hace apenas pocos meses no tenían la menor idea de lo que es una granada, por ejemplo, despliegan ahora tal habilidad en la fabricación de dicho artículo, gracias a la brillante organización de la industria germánica, que parece que nunca hubieran hecho otra cosa en su vida que estos elementos de destrucción.

Las industrias de primeras materias empiezan a vencer las dificultades creadas al principio del conflicto por la falta de obreros; es cierto que muchas de ellas siguen trabajando con un personal reducido, pero no lo es menos que la industria del carbón y la del hierro han logrado asegurar el aprovisionamiento de todas las industrias con las primeras materias más importantes para su justo desarrollo.

No hay que negar que la industria nacional tiene que hacer esfuerzos extraordinarios para fabricar y suministrar los artículos y productos que los millones de combatientes necesitan a cada paso; pero también hay que confesar que la fabricación de «artículos de paz» va siendo cada vez mayor, al punto que muchos países neutrales reciben ahora de Alemania, de la nación que se halla en guerra con medio mundo, muchos objetos que antes del conflicto recibían exclusivamente de Inglaterra, Francia o Italia. La fuerte ocupación de la industria crea en todas partes seguras posibilidades para ganarse el sustento diario, cuando menos, y mantienen la capacidad de colocación del mercado interior a la altura indispensable.

El estado favorable de la industria de la confección, de la dedicada a cubrir el consumo de la población civil, es uno de los muchos indicios de la extraordinaria capacidad consumidora del pueblo alemán en tiempo de guerra. Los balances del Banco del Imperio y otros muchos Institutos bancarios demuestran la pujanza y salud del patrón monetario y que el stock de oro va aumentando cada vez más.

Dado que toda la vida económica alemana tiene que concentrar sus fuerzas en un solo fin, en el de asegurar el consumo del ejército, ha sido preciso liquidar esas fabulosas sumas que en tiempo de paz servían en su casi totalidad para responder a las necesidades del crédito y dar vida al comercio exterior. Todo se ha logrado sin grandes dificultades.

La alimentación de la población está asegurada hasta para la próxima cosecha, la cual será, según parece, muy satisfactoria, tanto más cuanto que los centros interesados vienen dedicando especial atención a la Agricultura desde que se vió la intención de Inglaterra de matar de hambre al pueblo alemán. En resumidas cuentas puede decirse que los éxitos alcanzados por Alemania en la guerra económica son tan considerables como los obtenidos en los campos de batalla.

Esta victoria económica del Imperio se evidencia especialmente cuando se compara con la situación económica y financiera de sus enemigos.

INGLATERRA

Esta nación sigue sufriendo los efectos de la antipatriótica organización de sus obreros. Diariamente se reciben noticias de que la clase obrera sigue amenazando con huelgas, paros forzados y otras medidas coercitivas de que suele servirse para imponer su voluntad a los patronos. El Gobierno ha intercedido frecuentemente a su favor, mas hasta ahora no ha logrado que el aumento de salario concedido por estos últimos ponga fin al descontento de las grandes masas, dispuestas siempre a aprovechar toda situación crítica del país para conseguir sus fines antipatrióticos.

Que las dificultades no son pocas lo demuestra el hecho de haber creado el Gabinete inglés un ministerio especial, el «encargado de vigilar la fabricación y suministro de municiones». Se intentó traer obreros americanos y canadienses para que trabajaran en

fábricas de municiones nacionales, pero se tropezó con el inconveniente de que éstos trabajaban con arreglo a métodos desconocidos por completo en Inglaterra y con que la diferencia de nacionalidad daba lugar a serias diferencias entre ellos y los obreros ingleses. Si Inglaterra se resuelve a introducir el servicio militar obligatorio, cosa que tal vez dentro de poco sea un hecho, las dificultades serán aún mayores, particularmente desde el punto de vista económico.

No cabe duda de que los ingleses no han sabido organizar el mercado de la obra de mano durante la guerra y de que el ejército de reserva industrial de Inglaterra consta de elementos que han perdido la fuerza para el trabajo remunerador bajo la presión de la miseria y del alcohol. Hay más: la Gran Bretaña tiene que seguir desarrollando su comercio de exportación y no se encuentra, por consiguiente, en estado de dedicar toda su industria a la fabricación de material de guerra. Inglaterra necesita dinero, mucho dinero, no sólo para cubrir los enormes gastos que le cuesta la guerra a ella y a sus aliados, sino también para pagar la extraordinaria cantidad de material de guerra que recibe constantemente de América.

Una de las revistas financieras más conocidas de Inglaterra dijo hace poco: Inglaterra no puede ni debe arruinarse mandando más millones de soldados al campo de batalla, lo cual equivale a reducir su exportación más de lo que ha tenido que hacerlo en los últimos tiempos. Inglaterra, continúa diciendo el *Economist*, no puede alistar un ejército de millones y facilitar al propio tiempo el dinero que necesitan los aliados.

La «Solidaridad financiera de los Aliados» tan cacareada en París y San Petersburgo, no significa otra cosa que la obligación asumida por Inglaterra de ser el «Banquero de guerra» de sus aliados y amigos. Eso sí que el «banquero», previsor como siempre, ha sabido asegurarse todo género de garantías para no salir perdiendo en caso de que la guerra no le sea favorable. Viendo los hacendistas ingleses que las existencias de oro del Banco de Inglaterra van siendo cada vez más reducidas, en detrimento y perjuicio del cambio inglés en el resto del mundo, incluso en las propias colonias, insisten en que la garantía dada por los aliados en cambio de su «apoyo material» ha de ser en oro, y así vemos que el stock de dicho metal en los bancos competentes de París y San Petersburgo va pasando poco a poco a las cajas del Banco de Inglaterra. La mejor prueba es que la garantía dada por Francia por el crédito de 1,500 millares de francos concedidos en bonos del Tesoro por Inglaterra ha consistido en unos 400 millones de marcos en oro que recibió hace poco el susodicho Instituto bancario.

El Banco de Francia ha enviado parte de este oro, no directamente a Londres, sino a Nueva York, a fin de que Inglaterra pueda satisfacer así parte de las numerosas deudas que tienen en los Estados Unidos y contener de este modo el sensible quebranto que viene sufriendo el chelín desde el principio de la guerra. El oro francés, que probablemente será depositado en la sucursal del Banco de Inglaterra en Canadá, figurará a partir de esta fecha en la existencia en efectivo de dicho Banco; el Gobierno inglés se hace cargo de los bonos franceses y pagará, en cambio, parte de los compromisos contraídos por Francia. No es la primera vez que Inglaterra echa mano de estos artificios para consolidar el stock de oro del «Banco de Inglaterra»; también Rusia ha tenido que trasladar parte de su oro a dicho establecimiento para que Inglaterra permita la colocación, en sus mercados, de los bonos del Tesoro rusos. El mismo procedimiento han empleado los hacendistas británicos con el oro del Banco Nacional de Egipto.

Infiérese de aquí que los ingleses se aprovechan de la precaria situación económica de sus aliados para que éstos puedan continuar la guerra, la cual será ganada, según dijo un estadista británico hace varios meses, por el grupo de potencias que disponga del último millar de millones.

La deuda pública inglesa sigue aumentando entretanto de una manera alarmante.

Para cubrir los intereses de esta deuda se necesitan ahora 50 millones de libras esterlinas contra 20 millones antes del conflicto. Los gastos que Inglaterra tiene que hacer para que ella y sus aliados continúen la guerra aumentarán aún más tan pronto como Italia, que es un país pobre, presente la cuenta en Londres y exija el premio de su conducta frente a las potencias centrales. Según noticias recibidas no hace mucho de Roma, las potencias de la Triple entente prometieron a Italia un anticipo de tres mil millones de liras.

FRANCIA

Mientras que Inglaterra ha podido sobrellevar hasta ahora con más o menos apremio la pesada carga que indudablemente representa la capitalización de la guerra, se notan en Francia indicios cada vez más precisos de una próxima ruina económica y financiera. Francia, la nación que se jactaba ser el «Banquero del mundo», ha tenido que pedir a crédito grandes cantidades de víveres y municiones de los Estados Unidos y recurrir a un empréstito de mil quinientos millones de francos en Londres para poder cumplir con sus más apremiantes compromisos.

Sábase igualmente que el ministerio de Hacienda francés se vió en la necesidad, para conseguir fondos, de vender al contado en Francia las grandes cantidades de trigo que había comprado a crédito en América. Sólo echando mano de este procedimiento, único en la historia de los pueblos, ha conseguido el Gobierno francés obtener de su propia población los fondos que necesitaba para cubrir el déficit de épocas anteriores (que únicamente en abril fué de 1,500 millones de francos).

Con el dinero que la Administración de la Hacienda francesa ha recibido de la propia población por el trigo recibido a crédito de los Estados Unidos tapa aquélla los hoyos mayores que presenta su presupuesto agujereado. Si se tiene en cuenta que los hacendistas y los suministradores de dicho producto no habrán salido con las manos vacías, podrá comprenderse el enorme precio que Francia ha tenido que pagar por un producto sin el que le es materialmente imposible vivir. El ministro de Hacienda Ribot dijo hace poco en la Cámara de diputados: «La necesidad de pagar lo que necesitamos, cueste lo que cueste, nos ha obligado a comprar frecuentemente a precios exorbitantes.» De aquí que el Gobierno francés no se haya atrevido a vender este trigo sino a un precio de 2 francos menos por tonelada que el que se paga generalmente en el mercado.

El Gobierno francés tiene que recurrir constantemente a la Prensa de billetes. Inmediatamente después de haberse declarado la guerra subió la emisión de billetes del Banco de Francia de 6 a 9 mil millones de francos, luego a 12 mil millones y finalmente a 15 mil millones de francos. Al propio tiempo ha disminuído notablemente la existencia en oro en dicho Instituto, no sólo por haber remitido 500 millones de francos en oro a Londres, sino también por tener que enviar algunas cuantiosas sumas al nuevo aliado. Todas estas circunstancias explican claramente el quebranto de 3 por 100 que ha sufrido el franco en los Estados Unidos, sin embargo de la franca simpatía que los hacendistas americanos sienten y manifiestan a cada paso por la entente. La población francesa sigue con alguna desconfianza la extraordinaria rapidez con que va aumentando la circulación de billetes, pues sabe por propia experiencia que las consecuencias de semejante fenómeno suelen ser bastante tristes para la nación, y es muy de temer que si la Administración de la Hacienda francesa sigue abusando de tal modo de la Prensa de billetes, el pueblo acabará por rehusarlos, tal como lo hizo al principio de la guerra, llegando el caso que tenía que intervenir la policía para obligar a la población a aceptar los billetes de poco valor.

RUSIA

La situación económica de esta nación resulta ser mucho más confusa y desordenada que la de Francia. El ministro de Hacienda ruso hizo hace poco, o mejor dicho procuró hacer, un nuevo empréstito interior (el tercero desde que provocó la actual guerra) para mitigar un tanto el vacío amenazante de las cajas del Erario público. Los dos primeros empréstitos de 500 millones de rublos cada uno fueron subscritos en su casi totalidad por los Bancos rusos; el nuevo empréstito de mil millones de rublos fué cubierto asimismo en gran parte por los institutos bancarios de la nación, los cuales tuvieron que contribuir con 600 millones para obtener la cifra deseada.

Los Bancos rusos estarán provistos, pues, de empréstitos interiores más allá de su potencialidad normal, tanto más cuanto que en las últimas semanas han tenido que hacerse cargo de importes considerables de deudas públicas muy antiguas y de prioridades ferroviarias procedentes del extranjero, especialmente de Holanda. Como en Francia, así también en Rusia tiene el Gobierno que echar mano de la Prensa de billetes y aumentar por todos los medios posibles la circulación de este medio de pago. La cantidad que importan los billetes del Banco del Estado que circulan actualmente en Rusia asciende a la importantísima suma de cuatro mil millones de rublos. Para poder sacar mayor provecho del Banco del Estado ruso tiene el Gobierno la intención de fundar un Banco Comercial e Industrial que descargue en parte al Banco de emisión en lo que se refiere a la concesión de créditos comerciales.

La extraordinaria solicitud del Banco del Estado ruso por parte del Gobierno de aquella nación ha dado lugar a cierta desconfianza hacia los valores rusos en todas partes, no solamente en los países neutrales, sino también entre los aliados y aun en el propio país. El ministro de Comercio ruso solicitó hace poco, para apoyar el cambio del dinero ruso en el extranjero, la cantidad de 90 millones de rublos, mas el ministro de Hacienda concedió únicamente la irrisoria suma de 10 millones de rublos. Los capitalistas rusos hacen todo lo posible para evitar que sus deudores efectúen el pago en billetes rusos.

Sabemos positivamente que en los últimos tiempos han salido enormes capitales rusos para el extranjero y que los capitalistas rusos prefieren colocar su dinero en brillantes u otras prendas de valor que en billetes de los Bancos competentes de la nación. Así se explica que el dinero extranjero vaya subiendo paulatinamente de precio en los mercados rusos, pues también el comerciante pequeño y el industrial modesto procuran salir de los billetes rusos y substituirlos por billetes de otras naciones.

La paralización de la exportación rusa y la pasividad del balance comercial moscovita contribuyen naturalmente en sumo grado a la depreciación y quebranto del rublo en los países neutrales, en los aliados y hasta en los propios mercados. No cabe duda, dado lo dicho anteriormente, que sólo un empréstito extranjero de alguna importancia puede sacar a los hacendistas rusos de la crítica situación en que los ha puesto el conflicto. Si Rusia quiere continuar la guerra, forzosamente tendrá que dirigirse a Inglaterra y recabar de ella los fondos necesarios para llegar al fin apetecido.

(Continuará.)

Información económica

Balance del Deutsche Bank-Berlín

en 31 de diciembre de 1914

ACTIVO:

Capital sin desembolsar:

Caja, Monedas extranjeras y cupones.		148.981,123'42
Saldos en los Bancos		134.386,420'96
Letras y Bonos del Tesoro sin interés		

a) Letras (con exclusión de las indicadas en la rúbrica b y c) y bonos del Tesoro sin interés, del Imperio y Estados federados	674.205,347'21	
b) Nuestras libranzas	403,107'—	
c) Aceptación de clientes a la orden del Banco descontadas	1,989'65	674.610,443'86

Corresponsales		73.711,656'10
Dobles.		254.399,309'84
Préstamos sobre mercancías y conocimientos de embarque de los cuales el día del Balance estaban cubiertos:		101.099,652'90

a) Con mercancías o resguardos de expedición o de almacenaje	19.884,639'43	
b) Con otras garantías	37.737,809'87	

Valores propios:

a) Empréstitos y Bonos del Tesoro con interés del Imperio y Estados federados	142.102,065'36	
b) Otros valores pignoraables en el Banco del Imperio y otros Bancos privilegiados	5.489,080'31	
c) Otros valores cotizados en Bolsa	21.800,156'55	
d) Otros valores	3.548,939'60	172.940,241'82

Participaciones en Sindicatos.		54.933,695'09
Participaciones permanentes en otros Bancos		58.411,736'65

Deudores en cuenta corriente:

a) Cubiertos	754.269,294'80	
b) En descubierto	217.680,021'09	971.949,315'89

Además:

Deudores por Aval	172.497,830'41	
Edificios del Banco.		43.000,000'—
Otros inmuebles		12'—
Otro Activo		1'—

Marcos		2,688.423,609'53
------------------	--	------------------

PASIVO:

Capital en acciones			250.000.000'00
Reservas.			178.500.000'00
Acreeedores:			
a) Corresponsales	1.887,360'20		
b) Saldo de Bancos y banqueros alemanes	171.296,143'21		
c) Depósito a plazo fijo:			
1. — Vencederos dentro de los siete días	M. 857.706,314'96		
2. — Vencederos después de di- cha fecha y antes de los tres meses.	164.802,701'50		
3. — Vencederos después de los tres meses.	139.300,603'12	1.161.809,619'58	
d) Otros acreedores:			
1. — Vencederos dentro de los siete días	M. 571.676,540'55		
2. — Vencederos después de di- cha fecha y antes de los tres meses.	83.261,378'84		
3. — Vencederos después de los tres meses.	52.169,747'84	707.107,667'23	2.042.100,790'22
Giros a pagar:			
a) Aceptaciones.	155.193,259'17		
b) Cheques pendientes de pago	7.364,443'44		162.557,702'61
Además:			
Avaless.	172.497,830'41		
Libramientos propios	403,107'—		
de los cuales por cuenta de terceros.	M. 340,439'20		
Más:			
Dividendo pendiente de pago	48,669'—		
Fondo de socorro para el personal, llamado Dr. Georg von Siemens.	8.966,588'48		
Reserva para impuestos s/ hojas de cupones	2.210,000'—		
Cuentas transitorias entre Central y Sucursales	2.965,377'16		14.190,634'64
Ganancias y Pérdidas.			41.074,482'06
Marcos			2.688.423,609'53

Cuenta de Ganancias y Pérdidas

DEBE:

	Marcos	Marcos
Sueldos, gratificaciones de Navidad de los empleados, sueldos fijos de los Directores, gastos generales y gas- tos especiales ocasionados por la guerra	25.945,958'66	
Pensiones para los empleados llamados a filas.	1.954,019'70	
Instituciones benéficas para los empleados (Club, Canti- nas y subvención voluntaria para el Seguro).	296,560'18	
Caja de Pensiones	1.470,246'01	
Impuestos y contribuciones	4.166,064'73	
Reserva para pago del timbre, s/ hojas de cupones.	250,000'—	
Participaciones en las ganancias de la Junta directiva, etc.	848,197'28	34.931,046'56
Amortización de inmuebles	1.196,207'87	
» » muebles	901,288'57	2.097,496'44
Saldo (beneficio a repartir)		41.074,482'06
Marcos		78.103,025'06

HABER	Marcos	Marcos
Saldo de 1913	4.266,912'31	
Primer plazo, a deducir, del impuesto de Defensa Nacional.	598,496'—	3.668,416'31
Beneficio por intereses	43.411,793'18	
» » monedas extranjeras, cupones y obligaciones sorteadas	711,726'38	
» » Comisiones	23.937,327'30	
» » Participaciones Permanentes y Comanditas.	6.373,761'89	74.434,608'75
Marcos		78.103,025'06

Balance del Banco Alemán Transatlántico

en 31 de diciembre de 1914

ACTIVO	Marcos	Marcos
Caja, Monedas extranjeras y Cupones.		40.949,974'50
Saldos en los Bancos		16.851,618'30
Letras y Bonos del Tesoro sin interés:		
a) Letras (con exclusión de las indicadas en las rúbricas b y c) y bonos del Tesoro sin interés del Imperio y Estados federados	56.323,210'42	
b) Nuestras aceptaciones	2,149'41	
c) Aceptaciones de clientes a la orden del Banco descontadas	22.938,076'31	79.263,436'14
Corresponsales		22.810,899'52
Dobles.		2.278,183'62
Préstamos sobre mercancías y conocimientos de embarque, de los cuales el día del balance estaban cubiertos:		3.767,246'41
a) Con mercancías o resguardos de expedición o de almacenaje	1.021,958'71	
b) Con otras garantías	1.738,882'36	
Valores propios:		
a) Empréstitos y bonos del Tesoro, con interés, del Imperio y Estados federados	6.861,500'21	
b) Otros valores pignorables en el Banco del Imperio y otros Bancos privilegiados	2.448,456'87	
c) Otros valores cotizados en Bolsa	1.165,264'43	
d) Otros valores	205,111'88	10.680,333'39
Participaciones en sindicatos.		370,520'30
Participaciones permanentes en otros Bancos		2.480,000'—
Deudores en Cuentas Corrientes: Cubiertos	55.749,273'83	
» » » » En descubierto.	12.120,601'09	67.869,874'92
Además:		
Deudores por aval	12.249,003'31	
Edificios (Buenos Aires, Bahía Blanca, Montevideo, Valparaíso, Antofagasta, Concepción, Iquique, Santiago, Temuco, Valdivia, Oruro y Lima).		3.825,344'28
Otros inmuebles		168,960'96
Más: — Varios		89,284'16
Marcos		251.405,676'50

PASIVO	Marcos	Marcos
Capital en Acciones.		30.000,000 —
Reservas:		
Reserva ordinaria.	3.327,014'94	
" II.	6.218,933'71	9.545,948'65
Acreedores:		
Corresponsales	34.005,861'57	
Depósitos a plazo fijo:		
1) Vencederos dentro de los siete días.	M. 18.574,422'41	
2) Vencederos después de dicha fecha y dentro los tres meses.	16.404,795'23	
3) Vencederos después de los tres meses.	36.741,667'73	71.720,885'37
Otros acreedores:		
1) Vencederos dentro de los siete días.	M. 71.231,322'04	
2) Vencederos después de dicha fecha y dentro los tres meses.	554,700'03	
3) Vencederos después de los tres meses.	19.868,711'04	91.654,733'11
Giros a pagar:		
a) Aceptaciones.	7.801,128'09	
b) Cheques pendientes de pago.	1.043,445'07	8.844,573'16
Además:		
Avaless.	12.249,003'31	
Libramientos propios.	31.033,746'91	(*)
Más:		
Fondo de retiro y pensión para el personal.	713,413'95	
Reserva para pago de hojas de cupones.	240,000,—	
Dividendos pendientes de pago.	7,650,—	
Cuentas transitorias entre la Central y las Sucursales.	2.048,369'55	3.009,433'50
Ganancias y Pérdidas.		2.624,241'14
	Marcos	251.405,676'50

(*) El total de los «libramientos propios» está incluido en la cuenta Corresponsales.

Cuenta de Ganancias y Pérdidas

DEBE:	Marcos	HABER:	Marcos
Gastos generales, incluso contribuciones, impuestos y timbres de la Central y de las 33 Sucursales.	M. 8.096,990'74	Saldo de beneficio del año 1913.	104,041'64
Reserva para impuesto sobre hojas de cupones.	30,000'—	Intereses, comisiones y beneficios de las participaciones en Sindicatos, deducidos los intereses correspondientes a las letras con vencimiento en 1915.	10.647,190'24
Saldo.	2.624,241'14	Marcos.	10.751,231'88
Marcos.	10.751,231'88		

Los infrascritos hemos examinado el presente Balance y la Cuenta de Ganancias y Pérdidas, hallándolas conformes con los libros del Banco Alemán Transatlántico.

Berlín, 23 de abril de 1915.

La Comisión de Revisión del Consejo de Administración: R. W. Bassermann, G. Georgius, Ed. Steinle, D. G. Croissant Uhde, G. Zwilgmeyer.

La Dirección del Banco Alemán Transatlántico: A. Krusche.

Fragmentos de Historia

Un episodio de la expedición franco-inglesa en China

POR FEDERICO HERNÁNDEZ ALEJANDRO, ABOGADO

EL 6 de octubre de 1860 los aliados estaban a dos kilómetros de Pé-King (1). El enemigo se había retirado en dirección del Palacio de Verano (Yuen-min-yuen), situado a diez kilómetros al Nordeste de la capital, y allí marcharon sin tardanza las fuerzas de aquéllos.

El Palacio de Verano, obra maestra de la arquitectura china, anunciaba ya por su aspecto exterior, las maravillas de su ornamentación interior. Su puerta, flanqueada en cada uno de sus lados por un colosal león de bronce, colocado sobre un pedestal de mármol blanco de más de tres metros de elevación, precedía a una plaza magníficamente pavimentada. Un edificio en forma de paralelogramo, se ofrecía inmediatamente a la vista, y en el que ascendiendo por una escalera, también de mármol blanco, se entraba en inmensa sala, en el extremo de la cual se alzaba un trono de rica madera negra admirablemente calada y del más prodigioso trabajo; habiendo en aquella multitud de suntuosos pebeteros y gigantescos vasos esmaltados llenos de adornos representando toda especie de fantásticos animales. Un cuadro pintado sobre seda, reproduciendo vistas de los palacios imperiales; preciosos muebles, colocados alrededor de la sala, sostenían vasos decorados, esculpidos, *cloisonnés*, de belleza sin igual; grupos de *albums*, de libros escritos por augustas manos; los tesoros más incomparables del arte chino, el más refinado de todos los artes. Una segunda sala del trono, menos rica, pero más elegante que la primera, se hallaba rodeada de estancias llenas de nuevas maravillas (2). Armas damasquinadas, copas de jade, de preciosas piedras verdes y blancas; relicarios de oro y de plata con incrustaciones de turquesas, de perlas, de diamantes, conteniendo ídolos de oro macizo; flores y frutos de perlas finas, pequeños palacios, árboles en los que se unían y amalgamaban las materias más valiosas..... Los ojos quedaban deslumbrados (3). Las más raras gemas estaban aglomeradas en todas partes y por todas también resplandecían con mágico brillo. A cada paso se revelaban nuevos tesoros, cuya magnificencia es indescriptible (4).

Al salir de aquellas mansiones de hadas, los visitantes se encontraban delante de un lago artificial, rodeado de rocas y montañas; un puente tendido sobre un canal, conducía a una tercera sala tan elegante como las primeras, pero de una elegancia más íntima. Los guardarropas, el depósito de pieles y de espléndidos trajes, y las habitaciones del emperador y de la emperatriz se hallaban inmediatas a aquélla.

Faltan palabras para dar idea de tanta riqueza material y artística. Era una visión de *Las mil y una noches*, una hermosura tal la de aquel espectáculo, que la imaginación más delirante no acertaría a soñar nada que compararse pudiera a la palpable realidad que tenía ante sí.

(1) H. Magen.—*Histoire du second Empire*.

(2) Taxile Delord.—*Histoire du second Empire*.

(3) Paul Varin.—*Expédition de Chine*.

(4) De Bazancourt.—*Campagne de Chine*.

Un segundo lago, más vasto que el primero, se extendía detrás del palacio. Tres edificios soberbios se admiraban: la Cancillería, conteniendo montones de escritos y de cajas de tinta china, el depósito de las telas y de los muebles, conjunto inmenso de riquezas, se elevaban cerca de una pagoda dividida en el interior por multitud de pequeños templos, llenos de ofrendas magníficas. Allí se halló una armadura, de la que formaba parte el casco, en cuya cimera se ostentaba una perla del volumen de un huevo de paloma y del más puro oriente. Enfrente de la pagoda, un palacio, transformado en almacén, estaba lleno de piezas de seda, de terciopelo, de raso, bordadas de oro y adornadas con la simbólica figura del león de cinco garras. El palacio de las concubinas del emperador reflejaba, sobre las aguas de un lago, sus techos de laca, y las ventanas de sus pabellones dejaban ver todo lo que la imaginación y la delicadeza femeninas pueden soñar de más exquisito..... Muebles, vasos, joyas, objetos de arte, esmaltes, cerámica con el barniz imitando grietas, ágatas, lacas rojas, mil tesoros acumulados durante siglos, debidos aquéllos a una de las más antiguas civilizaciones del globo (1). Desde los tiempos del emperador Kangli, coetáneo de Luis XIV, se habían ido acumulando en aquel palacio tesoros inmensos y entre ellos también antigüedades, documentos históricos y manuscritos preciosos (2).

La admiración que a los aliados había producido tanta maravilla, fué poco a poco sustituida en sus almas por un sentimiento más vulgar; el del deseo de poseer las riquezas que sus ojos miraban con ansia, que sus manos febriles palpaban. Bajo el influjo de esa ardiente concupiscencia, olvidóse la palabra dada; y sin que pueda saberse quién inició el ejemplo, franceses e ingleses se entregaron a los preliminares de lo que se llamó más tarde «déménagement du Palais d'Été». Las codiciosas pasiones se hallaban tan enardecidas, que los soldados amenazaban ya con la violenta irrupción en el palacio, y ni aun la compañía de marinos destinada a guardar la puerta de aquél, era suficiente para protegerle, porque la tentación era mucho más poderosa, merced a que había logrado ganar a los mismos oficiales y soldados de esa guardia (3). El Palacio de Verano fué convertido en un vivaque, en el que los caballos tenían por cama un piso blandísimo, formado por medio pie de seda amarilla imperial, y donde la tropa, después de haber dormido sobre las telas más preciosas, al lado de los más delicados y bellos ejemplares del arte oriental, desgarraron, rompieron, destrozaron todo lo que no podían llevar consigo, arrojando y abandonando los objetos de plata por su mucho peso. Más de un soldado dió un lingote de ese preciado metal, de valor de quinientos francos, por una botella de aguardiente o de ajenjo. El general Montauban y el general inglés Grant, escogieron para sus Gobiernos lo que quisieron de tantas magnificencias, dejando todo lo demás a los soldados como botín.

Se anuncia la retira hacia Tientsin, pero antes de empezar ésta, en 18 de octubre, el Palacio de Verano es incendiado, «cuyas construcciones numerosas se sucedían en una extensión de cuatro leguas, constituídas aquéllas por pagodas en las que se custodiaban divinidades de oro, de plata, de bronce de una dimensión gigantesca» (4). Por orden del embajador inglés, lord Elgin, se pegó fuego al palacio, y todas las magnificencias que no se pudieron llevar los soldados fueron entregadas a las llamas (5).

Bibliotecas llenas de creaciones literarias debidas a más de cuarenta generaciones; templos dos o tres veces más antiguos que los más seculares monumentos de Europa; palacios, kioscos, pintorescos puentes, terrazas, vasos, estatuas de jaspé, de mármol, de

(1) Taxile Delord, obra citada.

(2) Constantino Bulle.—*Historia del segundo Imperio francés, etc.*

(3) Paul Varin, en el libro mencionado.

(4) «Rapport» del general Cousin-Montauban.

(5) De la referida obra de Constantino Bulle.

granito, todo eso quedó convertido en un montón de negros escombros, manchados por sulfurosas marcas, guardado por los dos enormes leones de bronce, colocados a la entrada del palacio destruido, leones que no pudieron ser de allí separados a causa de su tamaño y de su peso.

Los elementos militares que realizaron la memorable expedición a China, en el año de 1860, estaban formados por un cuerpo de ejército, constituido por dos brigadas, mandado aquél por el general de división Carlos Guillermo Cousin-Montauban, luego conde de Palikao, y por las inglesas, a las órdenes del general Grant; figurando como embajadores extraordinarios, el barón Gros y lord Elgin, ya nombrado, el que obtuvo gran notoriedad con motivo del tristemente célebre incendio, que ni tártaros ni chinos lograron impedir, no obstante la resistencia hecha en el puente de Pa-li-kao.

La paz fué firmada el 25 de octubre de 1860; pero la destrucción, el pillaje y el incendio de los palacios de los emperadores de la China, según el autor de *«Le dernier des Napoléon»*, dejaron un odio inextinguible en aquella región misteriosa contra los que allí llamaban «los... del Oeste».

Ni las apologías elevadas por Granier de Cassagnac y por Marco de Sainte-Hilaire, ni los pomposos elogios de Cunéo d'Ornano y de Fernando Giraudeau, ni las apoteosis hechas por el conde Horacio de Viel Castel y por Ferrol, todos esos bonapartistas entusiastas, podrán jamás borrar de la Historia cierto triste y no muy envidiable recuerdo que evocan las páginas donde se narran los sucesos y gestas del tercero de los Napoleones y las quizá poco gloriosas hazañas que realizaron algunos millares de soldados nacidos en países civilizados y cultos, allá, en el otoño de 1860, en el más vasto y secular Estado de Asia.

He ahí un suceso de acerba y nada enaltecida recordación para los que le ejecutaron. Si la Historia, suprema y egregia juzgadora, reclama hechos y pruebas de esos hechos para dictar su fallo, los acaecidos en aquellos infaustos días en el que fué vetustísimo imperio, son de una verdad irrefragable, abrumadora, acusando sin esperanza de lisongera defensa a los que depredaron, aniquilándole luego, a aquel fastuoso y peregrino monumento de un arte exótico y originalísimo.

Y esos deplorables atentados no son ficciones engendradas por la ira impotente del vencido; quimeras maliciosamente divulgadas como realidades, por el despecho del que no triunfó en noble y cruenta pugna; imposturas que, con artificiosas apariencias de verdad, se lanzan al mundo para que éste, vacilante e indeciso, concluya, en fuerza de repetirse la mendacidad, por acoger como justificado el ultraje que envilece y la calumnia que alevosamente mata. Pero la conciencia humana, en la que siempre hay un destello de la luz increada e infinita de Dios, la conciencia humana concluye por rechazar, por execrar a los que, como armas y como razones, sólo emplearon la impudente falsedad y el torpe insulto. La Verdad, soberana y excelsa, se eleva radiante y el Tiempo descubre la ideal hermosura de aquélla.

No basta escribir la frase de «salvajes hordas», aplicándola a los hijos de un pueblo cultísimo que heroicamente lucha; no es suficiente decir pedantescamente «irrupción gengiskhánica», «vandálicas invasiones», «asolamientos y destrucción de artísticos monumentos». No basta, no, ese gárrulo lenguaje para admitir la realidad de las imputaciones. Decir «violento y brutal», «feroz y cruel», «devastador y vengativo», «bandas de asesinos y de incendiarios», no es la demostración de la violencia ni de la crueldad, de la venganza ni de la destrucción. Cada uno de esos calificativos exige ineludiblemente un hecho, cuando menos, al que haya aquél de atribuirse; y no todos los hechos cuyos relatos se leen tienen ni tendrán en la Historia testimonios y pruebas cual los que hacen patente el nefasto suceso del pillaje y del incendio del famoso Palacio de Verano de las viejas dinastías que imperaron en las inmensas regiones de la antigua Sérica.